

ORIENTACIONES PARA VALORIZAR EL SENTIDO COMUNITARIO DE LA LITURGIA

I. — ANOTACIONES PREVIAS

Una de las preocupaciones más hondas del movimiento litúrgico actual es la participación activa de los fieles en la Liturgia; participación no arbitraria, sino exigida e imperada a cada uno por su misma calidad de cristiano. En efecto, el hombre, al recibir el Santo Bautismo, ingresa en la esfera sacerdotal de Cristo y pasa a formar parte de su reino espiritual. Adornado con la gracia santificante y sellado con la señal indeleble del carácter sacramental, es «configurado» con Jesucristo en la semejanza de su eterno sacerdocio.

Así lo expone magistralmente Pío XII en la encíclica «*Mediator Dei*», al comentar la definición que Santo Tomás¹ da del carácter indeleble del Bautismo: «No es de maravillarse que los fieles sean elevados a semejante dignidad. Pues, por el Bautismo, los fieles en general se hacen miembros del Cuerpo Místico de Cristo Sacerdote; y por el carácter que imprime en sus almas, éstas son destinadas para el culto divino, participando así del sacerdocio de Cristo de un modo acomodado a su condición»².

Y «este sacerdocio de los fieles no ha de entenderse —aclara el Padre Sauras³— de un sacerdocio en sentido metafórico o figurado, sino de un sacerdocio real y verdadero, de un sacerdocio auténtico, externo, ritual y litúrgico».

Ahora bien, no se dará sacerdocio digno de este nombre sin sacrificio y sin culto. Y el sacerdocio de los fieles no tendría razón de existir si ellos no actuasen en el grado que les corresponde en la Sagrada Liturgia, por cuyo medio, la Iglesia celebra su culto y perpetúa en el mundo el oficio sacerdotal de Cristo, Sumo y Eterno Sacer-

¹ Santo Tomás lo define así: «Quaedam participationes sacerdotii Christi ab ipso Christo derivatae». *S. Th.*, 3, q. 63, 3.

² *Mediator Dei*, A. A. S., 39 (1947), 553.

³ *El Cuerpo Místico* (B. A. C.), págs. 395 y sigs.

dote. Es un deber y un derecho el participar en los actos cultuales que la Iglesia oficialmente tributa al Padre y a su Fundador, y por su medio, a toda la augusta Trinidad. Tenemos el deber y el derecho de unir nuestra voz a la plegaria del Cuerpo Místico de Cristo, con su Cabeza, el mismo Cristo, y con todos sus miembros. Por eso, en el Santo Sacrificio de la Misa decimos con toda verdad: «Señor, nosotros, tus servidores, y todo tu pueblo santo...; nosotros te ofrecemos la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de vida eterna y el Cáliz de perpetua salvación.»

El «pueblo santo» —*plebs sancta*—, esto es, todos los bautizados, tenemos la facultad de ofrecer la Divina Víctima en unión con el sacerdote. Somos cooferentes.

Así lo entendieron y vivieron las *primitivas comunidades cristianas*, que realizaban el summum de la participación en la celebración de los Sagrados Misterios. La acción eucarística se tenía en un ambiente plenamente familiar. La oración del celebrante era la oración de los fieles. «No tratéis de colorear como laudable nada que efectúéis a solas, sino, reunidos en común, haya una sola oración», les aconsejaba San Ignacio ⁴.

La comunidad litúrgica constituía a los ojos de los cristianos de los primeros siglos un cuerpo vivo, que sólo debía estar integrado por miembros vivos. El culto era una obligación común que incumbía por igual al Obispo, a su «presbiterium» y a los fieles, y se consideraba la asistencia muda en las acciones litúrgicas como algo sin sentido. Las palabras, los movimientos de la asamblea, se realizaban sincrónicamente con el desarrollo de la acción. Un diácono guiaba al pueblo mientras se celebraban los Sagrados Misterios; le indicaba cuándo debía orar o cambiar de postura, y explicaba el sentido de las contestaciones comunes. Otros varios se encargaban del orden de la asamblea y de que cada uno se mantuviera en sus puestos. De esta manera, el pueblo cristiano se sentía dentro del ámbito del altar y actor en la renovación del Sacrificio de la Cruz.

Este ha de ser el objetivo que nos propongamos cuantos, por vo-

⁴ *Magnes.*, VII, 1. Y esta misma estampa parecía considerar Guardini cuando escribía: «El concepto de comunidad espiritual exige y presupone una doble concesión. En primer lugar, un sacrificio, porque el individuo debe renunciar, en la proporción que le corresponde como miembro de la comunidad, a cuanto implique egoísmo, esto es, a lo que tenga un carácter personal, con exclusión de los demás miembros. Y en segundo lugar, se requiere una cooperación actuante y positiva. Se exige de él que ensanche la perspectiva de su vida, que dilate su corazón y, posponiendo su interés individual, considere como propios y afirme y sienta como suyos los intereses y actividades de la comunidad.» R. GUARDINI: *El espíritu de la liturgia*, pág. 94.

cación de educadores, debemos procurar que las almas que nos son confiadas saboreen las inagotables riquezas de la Sagrada Liturgia y las gusten porque las entienden; y de manera consciente, activa, vital, participen en sus sagradas acciones. Lograr esto supone empeño y tesón por parte de todos y una educación litúrgica sólida y eficiente.

Educación que ha de iniciarse ya en la familia, inculcando en los pequeños sumo respeto a lo sagrado, haciéndoles comprender cuanto antes la Sagrada Comunión como la unión no solamente con Jesús, sino también de todos los comulgantes entre sí con Cristo; para ello, los niños deben experimentar desde los primeros años de su vida la unión que supone la comida en familia, y cómo es la expresión más hermosa de la comunidad, de la unidad y del amor, de la alegría y la paz, y, además, el símbolo del banquete eucarístico en la tierra y del convite eterno en el cielo.

Y a medida que el niño va creciendo, se le ilustrará y hará caer en la cuenta de la impronta de colectividad que ostenta constantemente el culto cristiano en todos sus ritos y en sus fórmulas. Así, el acto fundamental de la Liturgia, el Sacrificio eucarístico —que es ya de por sí un magnífico símbolo de la unidad del gran cuerpo de los fieles—, en sus ceremonias —lecturas, cantos, ofrendas, comunión— y en sus fórmulas, no se refiere jamás a lo singular como a tal, sino siempre mira a los fieles, vivos y difuntos, fuera del tiempo y del espacio. Les expondrá igualmente la proyección que las acciones litúrgicas han de tener en su vida ordinaria y en sus trabajos cotidianos, cuando se asiste a ellas con las debidas disposiciones.

Por esta educación, y sólo por ella, se logrará introducir a los jóvenes en el camino de la comprensión de la Liturgia, hacerles participar activamente en los Sagrados Misterios e incorporarlos a la comunidad eclesial.

«Las causas del gran divorcio —dice Dom Brassó, prior de Montserrat— entre el pueblo cristiano y la Liturgia son la falta de fe y la falta de instrucción religiosa; o, si se quiere, la falta de fe *por falta de instrucción religiosa*. Examinando otros muchos puntos de la vida cristiana práctica en nuestros tiempos, se llega siempre a la misma conclusión: la ignorancia religiosa. De aquí su falta de fe, su mentalidad descristianizada, la superficialidad de su vida. De aquí la incompreensión de la Liturgia»⁵.

⁵ DOM BRASSÓ, *Liturgia y espiritualidad*, Montserrat, 1956, 334 págs. Y en términos parecidos se expresa Alois GÜGLER: «No nos engañemos; ni el subjetivismo invadido por ideologías anticristianas ni el pensamiento puramente empírico motivado por los audaces progresos de la técnica que inficionan amplios

Esta educación que debemos dar a nuestros alumnos exige de todos nosotros: preparación sólida, contraria a toda improvisación, y espíritu abierto a todo cuanto suponga mayor comprensión de la vida litúrgica. Tal amplitud de horizontes debe mostrarse con el sentido colaboracionista de todos los educados en una obra común: forjar auténticos cristianos mediante la Liturgia.

«Una participación activa y consciente —se dice en la Instrucción⁶— no puede obtenerse si los educadores no están suficientemente formados.»

¡Qué lejos está de nosotros y cómo nos parece narración fantástica aquel testimonio que de su patria nos expone Dom Germán Morin. Este gran erudito cuenta⁷ cómo en Normandía, aun en las más pequeñas aldeas, cantaba el pueblo entero, no sólo la Misa Mayor, las Vísperas y las Completas, sino también las oraciones litúrgicas de la Semana Santa y de la Noche de Navidad según el Breviario, «sin omitir una sola nota ni una sílaba». El pueblo encontraba tal gusto, que muchas veces, en el paseo de la tarde por los bosques o los valles, volvían a cantar la Secuencia del día, o algún otro trozo que les había hecho especial impresión. Como prueba de estos hechos, escribe literalmente Dom Morin: «Tiene tan duradera influencia la participación en el culto divino de la Iglesia desde la primera juventud, que yo, cuando tenía diecisiete años, me sabía de memoria los cantos más difíciles del culto, sin que hubiera tenido nunca en mis manos los libros con el texto y las notas. Y esto no era algo así como un esfuerzo de exhibición de una buena memoria. Para mí era más. Pude conocer pronto, en las tormentas de la vida, que, gracias a la Liturgia que había

sectores de la juventud estudiantil podrán ser vencidas por una actividad oratoria, y mucho menos si lleva en sí misma el sello de una arbitrariedad subjetiva. Tampoco podrá superarse el abismo existente entre los intelectuales seculares y los sacerdotes mientras laicos y sacerdotes no se aproximen exteriormente, pero, sobre todo, interior y sobrenaturalmente, en la ejecución comunitaria de la sagrada Liturgia.»

Luego añade: «Es completamente inútil lamentarse y quejarse con gestos aparatosos de que nuestra juventud corre a cines, que se deja hechizar por música trivial, que la televisión les encadena, mientras nosotros no hacemos nada para apartarlos de ello por una ejecución de los misterios sagrados de buen gusto, de acuerdo con las circunstancias, variada y que dé posibilidad a una máxima participación activa. Hemos de alegrarlos también con imágenes puras, fuertes, elevadas, de profunda vitalidad, y meterles así en el corazón el amor por lo divino. Un educador que hoy en día no quiera adherirse a las exigencias fundamentales del movimiento litúrgico, y en el sector que le está encomendado no colabore a su realización, se hace culpable ante la juventud, rodeada por innumerables estímulos exteriores.» *La misa, el sacrificio de la Iglesia*, pág. 233.

⁶ A. A. S., 50 (1958), págs. 630-633.

⁷ Alois GÜGLER: *O. c.*, pág. 237.

asimilado, nunca sería posible olvidarme enteramente de Dios y mostrarme infiel a la Iglesia. Dios y la Iglesia habían logrado encadenarme a sí con todas las fibras de mi alma.»

Se diría que Jungmann tenía ante sus ojos este cuadro al escribir así: «Si se logra ya en la catequesis de los niños hacer ver el contenido de la Liturgia, se ha alumbrado entonces una fuente que proveerá al cristiano durante toda su vida. Mientras la doctrina puramente aprendida se va borrando de la memoria y raras veces se adquieren conocimientos nuevos, la Liturgia acompaña al cristiano en su vida, al menos como culto de los domingos y días festivos. A esto se añade otra no inferior ventaja, y es que la Liturgia, con sus grandes pensamientos y su seria gravedad, no corre el peligro de que jóvenes y hombres maduros la miren despectivamente, como parte de un mundo de representaciones infantiles. En ella es precisamente donde se edifica la religión para la vida»⁸.

Aunque la Liturgia es más amplia que los Sacramentos y la Misa, en el presente artículo, sólo vamos a considerar esos Signos de institución divina, elaborados por la Iglesia en su presentación didáctica.

Las orientaciones que van a seguir miran, sobre todo, a lo externo que puede favorecer la mejor comprensión y asimilación del sentido comunitario de la Liturgia. No queremos, sin embargo, dejar de indicar que, en educación de adolescentes, hemos de cuidar siempre de que lo exterior suponga la disposición interior, profunda, de caridad, que ha de vivificar cualquier manifestación, y sin la que el fruto de nuestra labor pastoral no pasaría de aparente.

II. — ORIENTACIONES RELATIVAS A LA LITURGIA SACRAMENTAL

Los Sacramentos son esencialmente algo eclesial, ya que son las fuentes de la gracia en las que los fieles, sobrenaturalmente, nacen, se nutren, son renovados y perfeccionados por la Iglesia y en la Iglesia, como miembros orgánicos del pueblo de Dios.

Por el Bautismo, el hombre es regenerado sobrenaturalmente y adquiere la adopción divina. Pero, además, por él es insertado de modo visible en el Cuerpo Místico en su sentido más estricto, y, por lo mismo, le establece en la unión orgánica sobrenatural con los otros

⁸ JUNGSMANN, *Catequética*, Herder, 1957, págs. 79-80.

miembros distintos que pertenecen al mismo Cuerpo. El Bautismo no es unión con Cristo, sino en la Iglesia y por la Iglesia.

La Confirmación, además de ser el perfeccionamiento sobrenatural del individuo, constituye, a su vez, el perfeccionamiento de su inserción en el pueblo de Dios.

La Penitencia no es sólo la reconciliación de un individuo con Dios, sino también su reconciliación con la Iglesia, con la comunidad de sus hermanos, a cuya santidad ha ofendido.

Lo mismo cabe decir de la Extremaunción, considerada: primariamente, como el complemento de la Penitencia, y secundariamente, como el acto por el cual la comunidad eclesial prepara y envía a un miembro suyo a la Jerusalén celeste.

Que el Orden y el Matrimonio tienen un carácter profunda e inmediatamente comunitario es cosa obvia, pues están destinados principalmente a proveer a la comunidad cristiana de la multiplicación material y espiritual de sus miembros y de su estructura jerárquica⁹

Y nos bastaría una sencilla consulta a los viejos sacramentarios para admirar en las expresiones rituales de la administración de los Sacramentos cómo resaltaba, hasta con profusión de pormenores, este carácter comunitario.

Baste recordar la celebración del Bautismo y de la Confirmación, y también el papel de los fieles en la elección de los sacerdotes y aun de los Obispos. Después, como consecuencia de las vicisitudes y contingencias históricas, este matiz comunitario, aunque no suprimido de raíz, sí ha menguado bastante, y en algunos casos, hasta tal punto se ha oscurecido, que en la psicología de los fieles se ha apagado enteramente.

Quehacer nuestro ha de ser enaltecer y revalorizar, en la medida de nuestras posibilidades, este sentido comunitario de la Liturgia Sacramental. No olvidemos que vivimos en una hora en que estos valores atraen poderosamente la atención de los hombres.

Al explicar, pues, a nuestros alumnos la *doctrina bautismal*, lejos de limitarnos al concepto de regeneración de un alma y de su unión personal con Cristo —a que hoy parece circunscribirse su exposición—, hemos de ampliar el sentido eclesial comunitario que lleva consigo. Todos nosotros somos bautizados en un mismo espíritu, para componer un solo Cuerpo. Les enseñaremos la significación de los gestos, tan abundosos de rico simbolismo, y les haremos saborear la

⁹ Cfr. C. VAGAGGINI: *El sentido teológico de la Liturgia* (B. A. C.), pág. 266.

asistencia al bautismo de algunos de sus coparroquianos con el mismo cariño y fervor con que asistimos a la vestición del Hábito de uno de nuestros allegados o al ingreso definitivo de un religioso en su Congregación por la Profesión perpetua, estimulándoles a que sigan las ceremonias en su misal o en los folletos publicados con el ritual del Bautismo.

En algunas parroquias se va extendiendo la costumbre de entregar un recordatorio, similar al de la Primera Comunión. Es una manera espléndida de conservar el recuerdo de ese día fundamental, hoy tan olvidado.

Finalmente, hay que inspirarles devoción por la práctica de la renovación frecuente de las promesas bautismales, considerándola como un acto de rompimiento con el demonio y con nuestro torpe egoísmo y un reafirmarse más a Cristo y a la Comunidad de bautizados.

Hay que proponer la *Confirmación* como complemento del Bautismo, que asegura un acrecentamiento de fuerzas contra los riesgos del separatismo, nos traslada de la infancia a la edad adulta, nos incita y estimula a intensificar nuestra actividad dentro de la comunidad y por la comunidad cristiana a que pertenecemos.

En la Confirmación, en efecto, el Espíritu Santo se apodera del hombre en concreto, para armonizar la múltiple variedad de los dones, hacerle encontrar y realizar la misión personal que está llamado a cumplir en la Iglesia y en el mundo de una manera que sólo a él conviene, coordinada con un trabajo de conjunto y sometida dócilmente a la jerarquía. El Espíritu Santo es el distribuidor armónico de las múltiples vocaciones de la Iglesia (I Cor 12, 4-11, 27-30).

Una vez así expuesta, es conveniente dar a la Confirmación el matiz de fiesta parroquial; y para ello se precisa una diligente preparación. La comunidad de los fieles, en su totalidad, debe estar interesada en ello. No se trata solamente de un anuncio material, es necesario invitar a la oración y hacer orar colectivamente con anterioridad.

Por otra parte, al niño debe conducírsele hacia la Confirmación a través de una pedagogía religiosa, mediante asidua preparación, sin duda, más profunda y eficaz que la que necesita para los demás Sacramentos. No es suficiente un curso de Catecismo sobre la Confirmación. Merece la pena cualquier esfuerzo por facilitarles un retiro. Sin urgir demasiado las limitadas posibilidades del niño, se ha de pretender que llegue a soñar con la ceremonia de la Confirmación. El fin del retiro es excitar su atención hacia el sentido de la ceremonia, lo cual podría conseguirse a base de algunas promesas profé-

ticas, el ejemplo de María, de los Apóstoles en el Cenáculo, relacionado con una catequesis de la personalidad espiritual del bautizado y de su vocación dentro del plan divino.

De ahí el interés por llevar a la clase entera a presenciar la administración de este Sacramento —como antiguamente se hacía el sábado de Pentecostés, en presencia de todos los fieles del lugar, bajo la presidencia del Obispo, como cabeza de la «ecclesia»— y el sentido que cobra el organizar una felicitación colectiva a esa nueva leva de la milicia de Cristo. (Sería el momento de manifestar nuestro deseo de que España se atuviese más exactamente a la edad que señalan los cánones para la confirmación.)

Aunque luego expondremos ampliamente la doctrina sobre la *Eucaristía* en su aspecto sacrificial, creemos oportuno adelantar aquí que la Eucaristía como Sacramento es el Sacramento de la vida, del amor, de la comunión. No es un Sacramento estático. No es solamente el sacramento de la Presencia de Dios —«Dios está en mí», «Dios está aquí»—, como muchas veces nos empeñamos en creer. Es el sacramento menos individualista. Exige comunidad: con Dios, en el que nos transforma, y con toda la humanidad, en la que nos integra purificados, en afán de servicio y caridad.

La *Penitencia* es, con toda probabilidad, el sacramento que más carácter de individualidad tiene hoy para nosotros y para nuestros alumnos. Todo parece reducirse a un asunto entre Dios y el pecador; y aunque es verdad que el sacerdote hace de intermediario y ministro, apenas si percibimos su carácter eclesial. En la actualidad, todo es privado y secreto: confesión privada, absolución privada, penitencia privada. Y no es, en hecho de verdad, la manera más fructuosa de exponerla ni de recibirla. Es preciso enseñarla como un nuevo Bautismo, que al efecto de vitalidad individual añade el de restaurar y habilitar nuestra unión al Cuerpo, si tuvimos la desgracia de separarnos de él; o de operar una inserción más profunda, si no perdimos el estado de gracia. La misma oración penitencial, el «Yo, pecador», recalca enérgicamente todas las repercusiones del pecado personal en la universalidad de los miembros, así como su colaboración en la obra de nuestra reintegración. Y es en nombre de Cristo y de todos los fieles y merced a las riquezas del patrimonio cristiano por el que se nos concede el perdón y nos son condonadas las deudas, con la intervención del sacerdote como mediador. ¡Conmover de desquite de una fraternidad debilitada por la culpa y que topa aquí con una nueva coyuntura de consolidación y refuerzo!

Querer volver a la práctica antigua, en la que el Obispo, ante toda la comunidad de los hermanos, concedía la reconciliación pública, como readmisión a la paz, no sólo con Dios, sino también y necesariamente con la Iglesia y con todos los hermanos, sería empresa quizá imposible y, sin duda, no la más apropiada en las circunstancias actuales.

No obstante ello, pudiéramos ensayar: primero, con un reducido grupo de selectos, y luego, cada educador en su clase, máxime en Ejercicios Espirituales, en Cursillos de Cristiandad o en las modernas Jornadas de Renovación, lo que en algunos lugares se va introduciendo con notable éxito para devolver a la Confesión su sentido comunitario: se trata de una paraliturgia. A continuación, transcribimos cómo podría desarrollarse ¹⁰.

No cabe duda que este ceremonial contribuiría a restablecer el antiguo sentido comunitario del perdón. No olvidemos, y recalquémoselo a nuestros alumnos, que confesarse es recibir el perdón de Dios a través de la Iglesia y reincorporarse más íntimamente de nuevo en la comunidad cristiana, de cuyas gracias se veía privado el pecador.

Dada la limitación de tiempo que se nos impone, por no ampliar excesivamente este trabajo, no nos detenemos en exponer, ni siquiera de modo abreviado, los medios prácticos para realzar el sentido comunitario de la *Extremaunción, del Orden y del Matrimonio*, si bien es conveniente y necesario formar a nuestros alumnos, principalmente a los mayores, en esta manera de concebir la doctrina sacramentaria. Ampliamente los encontrará quien lo desee en los libros y revistas, como los que reseñamos al pie ¹¹.

¹⁰ DON MARIANO MAINAR: *La parroquia, esa vieja novedad*, pág. 152:

1. Canto o recitación de un salmo penitencial, preferentemente el «Miserere».

2. La oración «Deus qui culpa offenderis» (en castellano), recitada por el ministro que preside.

3. Lectura bíblica acomodada al auditorio: hijo pródigo, Zaqueo, la Magdalena, la oveja perdida, etc.

4. Homilía o instrucción sacerdotal sobre la misericordia divina y el sentido eclesial del sacramento.

5. Examen de conciencia, dirigido en alta voz, y rezo en público del «Yo, pecador».

6. Los sacerdotes, en el confesionario, escuchan las confesiones de los penitentes.

7. Terminada la confesión de boca, se reza un salmo de acción de gracias, el Magnificat o el Tedeum. Se les exhorta luego a practicar una penitencia general y comunitaria. Se termina con la aspersion del agua bendita, como recuerdo del Santo Bautismo.

¹¹ J. PASCHER: *L'évolution des rites sacramentels*. Col. Lex Orandi. Ed. du Cerf.—A.-G. MARTIMORT: *En memoria mía. Misa y sacramentos*. Ed. Vilamala (Barcelona, 1959).—IDEM: *Les signes de la Nouvelle Alliance*. Ed. Ligel (Pa-

III. — ORIENTACIONES RELATIVAS A LA LITURGIA SACRIFICIAL

Sabemos que la Liturgia tiene su centro y sol en el Sacrificio de la Misa y que es ésta el momento principal del encuentro del hombre con Dios en Jesucristo y en donde, supuesta la sintonía moral, Dios santifica en sumo grado al hombre por Cristo, y el hombre, a través de Cristo, tributa en sumo grado el culto a Dios. De ahí que si la Misa es el centro y sol de la Liturgia, lo sea igualmente de la pastoral litúrgica, cuyo fin es el acercamiento del pueblo a la Misa, y de la Misa al pueblo.

Mas, para que tenga cabal realidad ese encuentro entre Dios y el pueblo en Cristo, encuentro no meramente material o extrínseco, sino esencialmente interno, no basta una presencia cualquiera en la acción litúrgica; ese pleno encuentro exige una participación interna, activa, consciente y comunitaria.

La pastoral litúrgica no ha de considerar logrado su objetivo con el solo conducir materialmente al individuo a la Iglesia para que participe en la Liturgia; ha de crear en él la armonía interna moral con la realidad litúrgica como santificación en Cristo y culto a Dios en Cristo.

He aquí algunas orientaciones prácticas para conseguir este fin ¹²:

Es conveniente distinguir entre la esencia de la Misa y los modos de celebrarla. Considerada en su esencia, es claro que no tiene géneros ni especies; pero existen numerosos modos de celebrarla, diferentes grados de perfección, si atendemos a la forma externa de su celebración. Cuando se trate de seleccionar un método concreto, no puede eludirse el fin principal que ha de presidir la elección: «Plenior Dei cultus et fidelium aedificatio.» De ahí que no puede ser criterio definitivo ni preponderante el amor a la lengua latina, ni el gusto por la estética gregoriana, ni el arte por el arte; el único criterio necesario es la eficiencia pastoral: culto y santificación.

ris, 1960).—A.-M. ROGUET: *Les sacrements, signes de vie*. Ed. du Cerf.—*Directoire pour la Pastorale des sacrements, à l'usage du clergé*. Aprobado por la Asamblea del episcopado francés el 3 de abril de 1957. Ed. Bonne Presse.—*Colligite*, órgano oficial del «Studium Cristi». León, núm. 15 (1958): Pastoral de los sacramentos.—*La Maison Dieu*, núm. 50 (1957), págs. 130-132, 153-158, 94-101.

¹² Puede leerse con notable provecho *Introducción a la Teología Pastoral de la Misa*, del Hno. P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, Colección SÍNITE, núm. 2. De sus páginas hemos extraído muchas de las ideas que a continuación se exponen. Interesante es, igualmente, el artículo de D. Casimiro SÁNCHEZ ALISEDA en «Educadores», I, pág. 257: *La misa en los Colegios*.

Toda la Catequesis litúrgica que podamos realizar, ya fuera de la Misa —en catecismos, reflexiones, conferencias, semanas litúrgicas—, ya en el curso de la misma, mediante la homilía o las moniciones, queda muy mermada si no cristaliza en la realización de las misas, que han de reunir las condiciones de preparación, perfección, decoro, belleza y orden; en una palabra, si la realidad misma de la Misa no es el término natural y la coronación de la Catequesis litúrgica.

Y, desgraciadamente, lo que más falla en la formación litúrgica de nuestros alumnos no es tanto la catequesis, la formación nocional, cuanto la realización de la Misa. De ahí que nuestro empeño ha de intentar ofrecer a los fieles «misas cada vez más perfectas» por la esmerada preparación y por el decoro y dignidad de ejecución.

Misas de Catequesis litúrgicas. —Se llaman así porque durante la Misa se tiene una catequesis con el fin de dar a los asistentes la formación que los capacite para participar activamente del Santo Sacrificio.

Ya en el Concilio de Trento¹³ se manda a los pastores y a los que tienen cura de almas que frecuentemente, por sí o por otros, durante la celebración de la Misa, expongan algo de aquellas cosas que se leen en la misma y que declaren algún misterio de este santísimo sacrificio, principalmente los domingos y días festivos.

Abundando en esta idea, Pío XII, en su encíclica «*Mediator Dei*», señala la incapacidad de algunos fieles para usar el Misal, aunque esté en lengua vulgar, como una de las causas que motivan estas misas de catequesis litúrgicas.

Esta forma de participación, aunque no ideal, pudiera tenerse en algunas de nuestras escuelas en donde la mayoría de nuestros alumnos son de corta edad o su grado de instrucción o cultura litúrgica es muy reducida. Ha de ser un primer paso, pero en el que no hay que detenerse excesivamente. Igualmente, sería provechoso este método en ciertos días especiales, como la celebración de una semana litúrgica, o una misa especial para los alumnos de las clases elementales, o las que mensualmente tienen los Congregantes del Niño Jesús, etc.

Claro está que esta instrucción no durará todo el tiempo de la celebración de la Misa. El momento que mejor cuadra dentro del espíritu de la Liturgia es el de la antemisa, o Misa de los Catecúmenos.

Misa dialogada. —La expresión «misa dialogada», «quasi dialogan-

¹³ Sesión XXII, cap. VIII, 946.

do»¹⁴, en sentido estricto, es la Misa rezada en la que los fieles responden en voz alta al celebrante las contestaciones que las rúbricas prescriben al monaguillo y recitan conjuntamente con él el Gloria, Credo, Sanctus y Agnus Dei.

Analizaremos brevemente los elementos que concurren en la celebración de la Misa dialogada propiamente dicha.

A) EL CELEBRANTE. — El sacerdote representa a Cristo y a su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. Todo debe, por consiguiente, ordenarse en la Misa de modo que el sacerdote sea el centro de interés de las miradas del pueblo¹⁵. Su oficio es el de liturgo y jefe de la asamblea de la cual es intérprete, a la cual tiene que dirigir y con la cual tiene que colaborar, sin perderla nunca del pensamiento.

De él depende principalmente que el pueblo vuelva a la celebración litúrgica, meta ansiada de los últimos Pontífices¹⁶.

Tratándose de niños, el papel del sacerdote crece considerablemente, pues la formación y atención de los mismos está vinculada en gran parte a la actuación del celebrante.

Debe, pues, recitar las oraciones en tono grave, solemne, con voz inteligible y clara, sin precipitación; observar las pausas; esperar el fin de las lecturas, de los cantos y de los movimientos, para continuar con la lectura o movimiento siguiente, bien persuadido de que su papel no se reduce a actuar en monólogo, sino que ha de procurar por todos los medios que de su acción y de la de los fieles resulte una como «sinfonía», cuyo conjunto sólo es perfecto y bello cuando cada uno respeta y se atiende bien a su función propia. En una palabra, la actuación del sacerdote debe respirar dignidad, belleza, armonía.

B) LA ASAMBLEA. — El valor principal de la asamblea consiste en que «significa» la Iglesia; como tal, asiste a la celebración, no como personas aisladas y sin relación mística entre sí. Más aún, la asamblea litúrgica constituye la Iglesia. Sus miembros son las verdaderas piedras vivas de ese edificio sobrenatural. Su significación va mucho más allá del local donde se reúnen.

¹⁴ Así dice la «Instrucción de la S. C. de Ritos» ya citada.—Cfr. MARTIMORT-PICARD, *Liturgie et Musique*, pág. 91.

¹⁵ *Directoire pour la Pastorale de la Messe à l'usage des diocèses de France*, núm. 59, pág. 31.

¹⁶ Pío X: *Motu proprio, Tra le sollecitudini* (22-XI-1903).—Pío XI: *Const. Apost. Divini Cultus* (20-XII-1928).—Pío XII: *Encíclica Mediator Dei* (20-XI-1947).—IDEM: *Alocución a los Cardenales y Obispos reunidos en Roma* (2-XI-1954).—IDEM: *Encíclica Musicae sacrae disciplina* (25-XII-1955).—IDEM: *Alocución al Congreso de Liturgia de Asís* (22-XI-1956).

En ella, y ante Cristo, que se convierte en nuestro común sacrificio, en nuestra común riqueza, deben desaparecer las artificiales diferencias: «Aquí es una y la misma Mesa, preparada para el César que ciñe diadema, para la púrpura que gobierna el mundo y para el pobre que pordioseja tu limosna», dice San Juan Crisóstomo¹⁷.

Es necesario, pues, para que realice la función que por su naturaleza tiene asignada en la celebración del Santo Sacrificio, que se la instruya en ese auténtico espíritu comunitario.

C) LOS DIÁLOGOS. — Traducimos del Directorio francés para la Pastoral de la Misa¹⁸: «El hecho de dialogar con el celebrante y de recitar con él los textos cantados en la Misa solemne permite a los asistentes participar en la asamblea eucarística de una manera verdaderamente comunitaria. Pero para que este diálogo y recitación resulten armoniosos y dignos, se precisa que, tanto el celebrante como los fieles, lean los textos reposadamente, sobre una sola nota, en tono más bien festivo, y que se observe un determinado ritmo, así como sumo cuidado en la puntuación y en los acentos, esforzándonos en unir y fusionar nuestras voces.»

Añadiremos solamente a estas precisas anotaciones que no conviene usar el diálogo en todas las ocasiones, sino reservarlos y entrelazarlos con otros métodos, para evitar la rutina y la monotonía.

D) LAS LECTURAS. — No se da, ordinariamente, a la lectura pública en la Misa la importancia que se merece, quizá porque no se ha reflexionado de veras sobre su objeto, eficacia y necesidad para la fe del pueblo cristiano¹⁹.

Las lecturas entran plenamente en el Misterio Eucarístico y no son un preámbulo más o menos accesorio que termina con el ofertorio. La palabra de Dios está destinada a la comunidad de la Iglesia como tal, esto es, a la familia cristiana, cuya fe vivifica, alimenta, y a la que dispone a comulgar espiritualmente con el Señor, a quien pronto recibirá sacramentalmente.

Ha de preferirse, por lo tanto, la lectura pública, la «proclamación» de la palabra de Dios, a la lectura individual en el propio misal.

La lectura ha de ejecutarse con dignidad y perfección técnica: respeto sagrado, unción, soltura, sin titubeos ni interrupciones enojosas, opuestas al recogimiento que las lecturas deben crear en los oyentes.

En nuestros colegios se pueden encargar a los alumnos de las cla-

¹⁷ *In Epist. I ad Cor. Homilia 27.* P. G. LXI, col. 230,

¹⁸ *Directoire...*, núm. 190 y 191, pág. 60.

¹⁹ Hno. P. D. RODRÍGUEZ MEDINA: *C. c.*, pág. 119

ses mayores. Ello constituirá un medio excelente de vincularlos y encariñarlos con la acción sagrada. En ellos se irán diseñando ya los futuros auxiliares de la parroquia.

E) LAS ACTITUDES. — «La importancia de los signos, gestos, actitudes, movimientos, tanto en los particulares como en los grupos o en toda la Comunidad cristiana, se funda en el hecho de que con ellos los pensamientos y sentimientos internos del culto se manifiestan también en todo el cuerpo, lo cual, a su vez, influye en los pensamientos y sentimientos internos, tendiendo de este modo a crear la sintonía completa de toda la persona con la realidad litúrgica»²⁰.

Contribuyen, además, por su uniformidad, a dar unidad, vitalidad y adhesión a la acción que se realiza. De ahí la importancia de la variación de las actitudes corporales, de acuerdo con los sentimientos internos que animan el sagrado rito, para introducir a los fieles en el espíritu de la Liturgia. Conviene hacer observar, no obstante esto, que fácilmente pueden convertirse en una rutina más, constituyendo entonces acciones carentes de vida y de alma interior. Necesario será que antes de ponerlas en práctica se explique su razón de ser y su conformidad con la acción a que acompañan. Y aun durante la santa Misa, o un poco antes de que ésta dé comienzo, se podrían dar estas explicaciones en forma de moniciones breves.

Misa de coro hablado. — Se suele denominar con este nombre a las misas en cuya participación se alterna entre los fieles y una persona distinta del celebrante, recitando oraciones que son glosas de las oraciones de la misa; todo ello, como es fácil de entender, en lengua vernácula.

«Los coros hablados constituyen frecuentemente —dice el Directorio francés— unaseudoliturgia que oscurece la auténtica liturgia y no expresa, de ordinario, la doctrina exacta. Se empleará, pues, rara vez este método, de manera discreta, y se cuidará de que el texto que se siga esté aprobado por el Ordinario»²¹.

Podrá valer para públicos muy elementales, pero no para nuestros colegios. Y no hemos de considerar este método como ideal.

Misa comunitaria. — «La Misa dialogada no puede sustituir a la Misa solemne —leemos en la «Mediator Dei»—, la cual, aun cuando sea celebrada con la sola presencia de los ministros, goza de una par-

²⁰ C. VAGGGINI: *O. c.*, pág. 54. Cfr. también K. TILMANN: *Verité et vie*, serie XXVI, núm. 245, págs. 8-9.

²¹ Cfr. «Educadores», 2, págs. 261 y sigs. *Directoire...*, núm. 207. *Liturgie et Musique* de A.-G. MARTIMORT, pág. 90. *VII Jornadas Catequísticas Nacionales*, C. L. S. Bilbao, 1958, págs. 40 y sigs.

ticular dignidad por la majestad de los ritos y el aparato de las ceremonias, aunque su esplendor y solemnidad aumente en grado máximo si, como la Iglesia desea, asiste un pueblo numeroso y devoto.»

Está claro que la Iglesia quiere como ideal la Misa solemne o, al menos, la cantada, los domingos y fiestas importantes, con participación activa de todos los fieles mediante el canto litúrgico. A este ideal han de tender nuestros esfuerzos; y al final, le dedicaremos un breve comentario. Pero en ciertos días especiales: primeros viernes, novena a la Inmaculada, patrón del Colegio o escuela, día semanal de las Congregaciones Mariana y del Niño Jesús, día de la Acción Católica, etc., conviene que apliquemos el método de las «Misas comunitarias», esto es, de las misas dialogadas acompañadas de ciertos cánticos en lengua popular acomodados al momento de la celebración. Es la «Betsingmesse», misa rezada con canto, del P. Pius Parchs; la «Messe basse solennisée», de Th. Maertens, y la del Cardenal Lercaro, en Italia.

Estas serán tanto más perfectas cuanto más se acomoden y aproximen a la Misa cantada, y servirán de instrumento eficazísimo de renovación litúrgica.

Al hablar de la Misa dialogada, expusimos algunos de los elementos que intervienen también en las misas comunitarias. De ahí que nos limitemos a dar unas sucintas notas sobre el Comentador y las moniciones, las procesiones de entrada, ofertorio, Comunión y despedida, y sobre el canto.

A) EL COMENTADOR Y LAS MONICIONES. — «El oficio del Comentador —el «guía» del Directorio argentino, el «anunciatore» del Cardenal Lercaro, el «commentateur» de los directorios belgas— ha sido recomendado oficialmente por la Instrucción de la Sagrada Congregación de Ritos, que señala su papel, sus cualidades y sus atribuciones. Su oficio no es captar personalmente la atención de la asamblea, sino el facilitarla suavemente a la mejor participación en el misterio litúrgico. Se consigue esto con moniciones o frases cortas, claras, concisas; pero, sobre todo, llenas de unción, condiciones necesarias para que establezcan el ambiente de espiritualidad, de recogimiento y de religioso silencio.

»Las moniciones no son explicaciones seguidas y detalladas, y menos aún, largas consideraciones que vengán a doblar una ceremonia u ocupar un determinado silencio; son breves intervenciones que reaniman la atención religiosa, invitan a la asamblea a tomar una actitud específica, dan el sentido profundo de una plegaria o de un gesto que

va a realizarse, orientan el espíritu de los fieles antes de un texto bíblico, etc.»²².

Estas moniciones deben ser preparadas con todo detenimiento, y, a poder ser, deben ser consignadas por escrito, para evitar interrupciones o vacilaciones, reñidas con la seriedad que debe presidir toda acción religiosa.

Tratándose de misas para estudiantes, sus intervenciones principales podrían ser:

- Al principio de la Misa, para situar el ánimo de los fieles en el ámbito propio que la Iglesia da al Santo Sacrificio en aquel día.
- Antes de las oraciones presidenciales —colectas y postcomuniones—, para resumir en frases cortas el contenido de las mismas.
- Antes de la Epístola y del Evangelio, con el mismo fin.
- Antes del Prefacio, para señalar la nueva actitud espiritual que se exige a los fieles.
- Antes de algunas oraciones principales del Canon, para sostener la atención de los mismos.
- Antes de la Comunión, para señalar las actitudes corporales e invitar a todos a unir su voz al canto o salmo preparatorio a la Comunión.

No se trata, evidentemente, de realizar todas esas intervenciones en cada Misa. Mucho dependerá del medio ambiente y de la edad y preparación espiritual de los que a ella asistan. En nuestros Colegios, el más llamado para desempeñar el oficio de «Comentador» es el Hermano Director o el Hermano Prefecto. En algunas ocasiones, el Hermano encargado de las Congregaciones. Excepcionalmente, un alumno mayor, piadoso y buen lector, al que se prepara debidamente.

B) LAS DIVERSAS PROCESIONES. a) *De Entrada*. — En los Colegios en donde el alumnado que asiste a Misa es poco numeroso podría aprovecharse la entrada del mismo a la Iglesia cantando el salmo o canto de entrada. En donde el contingente de alumnos es grande, basta que acompañen al sacerdote un reducido número de ellos, bien una clase, o dos o más representantes de cada una de ellas, o la directiva de la Congregación, mientras los demás, en sus puestos, empiezan el canto de entrada. Un toque de campana señalará a los asistentes el inicio de la Procesión.

b) *Del Ofertorio*. — Puédese aplicar aquí cuanto acabamos de exponer respecto a la procesión de entrada; pero antes de implantarse,

²² *Directoire...*, núm. 85, pág. 47.

se necesita una preparación catequística, bien fundamentada, sobre la caridad, la comunidad colegial y las exigencias del mundo actual.

Como introducción a la procesión de las ofrendas, el comentador señala el canto correspondiente y anuncia la manera de realizarse, que puede ofrecer las siguientes formas:

1. Dos acólitos se dirigen al fondo de la Iglesia y llevan procesionalmente al altar el Copón con las Hostias que los fieles habrán depositado en él al entrar en el templo²³.
2. Un grupo de acólitos pasa por entre la asamblea, presentando: uno de ellos, la bandeja con las hostias, y otro, el copón donde los fieles depositan las mismas.
3. Los fieles se acercan procesionalmente al altar por el centro; y al llegar a la entrada del presbiterio toman una hostia de la bandeja que sostienen los acólitos a ambos lados del celebrante, depositándola en el copón que éste tiene en sus manos, regresando luego a sus sitios por los laterales.

Las dos últimas posibilidades, por lo general, sólo podrán realizarse cuando la asamblea no es demasiado numerosa. En la procesión del Ofertorio se pueden llevar también las vinajeras y las bandejas en donde los fieles habrán depositado su ofrenda en dinero al entrar al templo y, ocasionalmente, algunos dones materiales, como velas y aceite, destinados al uso litúrgico, e incluso, pan, vestidos, etc., con destino a los pobres de la parroquia.

La ofrenda en dinero, o «colecta», debe recogerse durante el canto del Ofertorio, aunque hubiera procesión, a no ser que los fieles la hayan depositado a la entrada, para ser llevada procesionalmente al altar. Es conveniente que las bandejas de la ofrenda en dinero se coloquen en lugar visible del presbiterio, para acentuar su verdadero sentido de ofrenda litúrgica.

c) *De la Comunión.* — Respecto a esta Procesión, transcribimos cuanto de ella nos dice el Directorio francés, el más completo de cuantos directorios se han publicado hasta hoy. Dice así: «La encíclica 'Mediator Dei' invita a dar la Comunión con Hostias consagradas en la misma Misa en que se comulga; este ideal es más fácil de alcanzar de lo que se podría esperar; para ello, basta prever, aproximadamente, el número de comulgantes.

»Parece indicado, en ciertas circunstancias, manifestar el carácter comunitario de la Comunión por una procesión que, partiendo desde

²³ «Colligite», núm. 15, vol. IV, 3, págs. 54-58.—Cfr. también K. TILMANN, o. c., pág. 43.

el fondo de la Iglesia, llega hasta el presbiterio, en un orden que nunca debe observarse con excesiva rigidez, para evitar todo cuanto suponga coacción o mengua de la libertad de conciencia; sobre todo, tratándose de niños.

»En conformidad con la tradición de la Iglesia, pueden acompañar a la Comunión —que es banquete fraterno— los cantos de la asamblea: cantos apropiados y realizados con gozoso recogimiento»²⁴.

A esto mismo nos exhorta el Directorio argentino, el de la diócesis de Namur, el de la de Tournai, el privado de Barcelona y, en general, todos los hasta ahora aparecidos.

d) *De despedida*.—De alguna manera existe ya en nuestros colegios. Debemos, pues, procurar darle este sentido de despedida final, después de haber participado todos juntos en un mismo sacrificio y banquete. Nada mejor para manifestar estos sentimientos que entonar algún canto: himno, salmo, etc.

C) EL CANTO.—Nadie puede sentirse verdaderamente cristiano convencido y fervoroso y no sentir anhelos de manifestar con el canto exterior esos fervores interiores. El canto sagrado es una manifestación entusiasta de nuestra fe y de nuestra caridad, y comunica luminosidad y alegría a nuestra vida. «Es natural y normal —dice el Padre Jungmann— que el mensaje de gracia que envía Dios a los hombres despierte el eco de un canto.» Por eso, si en algún elemento litúrgico hay que insistir de manera especial, es en este del canto. No hay portador más apto de la verdad religiosa contenida en la acción litúrgica ni que mejor disponga, subjetiva y objetivamente, a la intuición y asimilación de sus inmensas riquezas, así como a robustecer los vínculos que unen a la comunidad litúrgica.

El Obispo de Berlín, Monseñor Weskamm, fallecido no hace mucho, dijo en el Congreso Internacional de Lugano: «Nos no vemos posibilidad de una participación activa ni de una celebración ferviente de la Comunidad, si ésta no canta... Pero al hablar así, nos referimos al canto que salta de lo profundo, a ese canto que el pueblo entiende y siente.»

Respecto a los cantos en lengua vulgar, adaptados a los diversos momentos de la Misa, van apareciendo en España colecciones o repertorios muy apreciables. Cabe resaltar entre ellos: el «Cantoral para la Santa Misa», del P. G. M. Antoñana; y para uso de los colegios, la

²⁴ *Directoire...*, núms. 118, 119 y 120, págs. 45-46.

colección de letras «Cantemos al Señor», editada por «Catequética La Salle».

Para los salmos, se ha publicado el cuaderno de «Veintidós Salmos», que, con la salmodia del P. Gelineau y las antífonas de diversos compositores españoles, ofrece un extenso repertorio, muy aprovechable en las Misas comunitarias de que tratamos.

Los momentos más convenientes para el canto son los siguientes:

- En la procesión de entrada.
- Después de la Epístola, una aclamación jubilosa por la enseñanza recibida y como aceptación de cuanto se nos ha comunicado (a modo de Gradual).
- Durante el Ofertorio, que podría ser en forma de preces litánicas.
- Durante el Sanctus y el Benedictus.
- A partir del «Pax Domini», hasta casi el final de la distribución de la Sagrada Comunión.
- Después de la Bendición del celebrante, el canto o himno de despedida.

También se pueden cantar los Kyries, el Gloria, el Credo, el Agnus Dei y la «Comunión» del día. Se entiende que, dentro de la misma Misa, no se ha de cantar en todos los momentos citados, sino que debe dictarlo la discreción.

La Misa cantada. — «Es necesario —dice la Instrucción tantas veces citada— que se tenga alta estima por la Misa cantada, que, aunque le falten los ministros sagrados y la plena magnificencia de las ceremonias, se adorna, sin embargo de ello, con la belleza del canto y de la música sacra. Es deseable que, los domingos y los días festivos, la misa parroquial o la Misa principal sea cantada»²⁵.

Y, comentando este pasaje, dice el llorado D. Casimiro Sánchez Aliseda²⁶: «Que la meta final de todo el movimiento litúrgico es la misa cantada cada domingo, con plena participación de los asistentes y con un comentador que desempeñe dignamente su cometido. Meta perfectamente asequible a cualquier colegio de religiosas y religiosos.»

La homilía debe tenerse todos los domingos y fiestas; ha de ser corta, pero muy jugosa. No ha de buscarse tanto el moralizar ni disciplinar en ella cuanto introducir al Misterio cristiano, en consonancia con el espíritu particular de la fiesta o tiempo litúrgico correspondiente. De esta forma, la Misa se convierte verdaderamente en ban-

²⁵ *Instrucción...*, núm. 26.

²⁶ «Educadores», I, pág. 266.

quete o festín. En la primera parte, nos alimentamos con la palabra de Dios; y en la segunda, nos nutrimos con esa misma palabra hecha carne: la Sagrada Eucaristía.

No debe suprimirse con el pretexto de que los alumnos tienen ya instrucción religiosa durante la semana. La homilía se distingue fundamentalmente de la lección de catecismo en que entra de lleno en la Liturgia; mejor dicho, en que es un acto litúrgico. Sin omitir que también en esto es necesario preparar y educar a los alumnos para el futuro.

B. Angel GUTIÉRREZ, F.S.C.